



JAMES DEAN
AMOR QUE ME PROHIBES



Códice de Barras poesía

Títulos publicados

1. *Topología de una página en blanco*
Alejandro Céspedes
2. *Un esqueleto cóncavo*
Inés Ramón
3. *Flores en la cuneta*
Alejandro Céspedes
4. *Los círculos concéntricos*
Alejandro Céspedes
5. *Hay un ciego bailando en el andén*
Alejandro Céspedes
6. *Las palomas mensajeras sólo saben volver*
Alejandro Céspedes

DE LA EDICIÓN DIGITAL

Códice de Barras poesía

*Navalperal de Pinares - Ávila-
Cuatro días después de las imágenes para el recuerdo
que nos dejó el ¿triste? 25 S en Madrid.*

Año 2012

Algún día sabremos si sirvió para algo



Códice de Barras Poesía

DE LA EDICIÓN EN PAPEL

(Portada original en la siguiente página)

© ALEJANDRO CÉSPEDES

ISBN: 978-84-7681-024-8

C.A.M.P Y PAMIELA PARA LA PRESENTE EDICIÓN

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: PEDRO OSES

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: LAMIA

PAMIELA: PLAZA DEL CONSEJO, 3 – 4º

31001 IRUÑEA – PAMPLONA -

TELÉFONO: 22 83 02

D.I.: NA- 1473/86

IMPRESO Y HECHO EN PAMPLONA POR

GARRASI. AVDA. DE BARAÑAIN, 52

(Las direcciones y teléfonos que figuran en esta página son los que aparecieron en la edición en papel hace más de un cuarto de siglo. Se han mantenido por una cuestión sentimental. Los actuales pueden obtenerse en www.pamiela.com)



JAMES DEAN...
AMOR QUE
ME PROHIBES

ALEJANDRO CESPEDES

EDITORIAL PAMIELA

JAMES DEAN
AMOR QUE ME PROHIBES

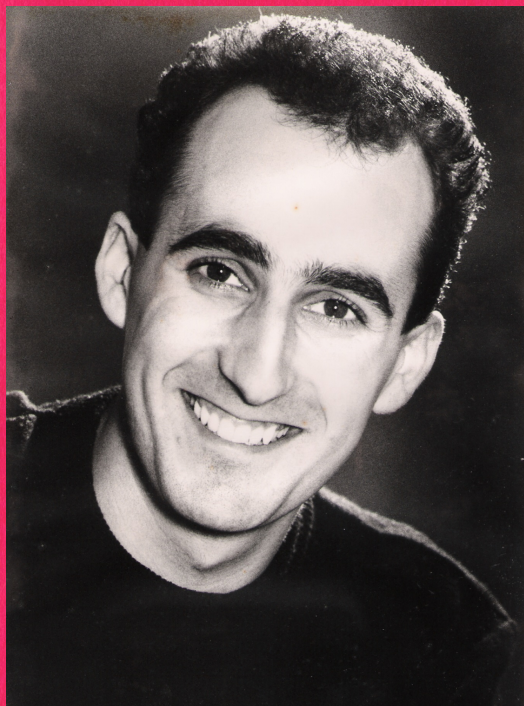


FOTO: JUAN NEBOT

ALEJANDRO CÉSPEDES

editorial PAMIELA argitaletxea

Alejandro Céspedes

JAMES DEAN,
AMOR QUE ME PROHÍBES
(1979 – 1983)

editorial PAMIELA argitaletxea y eBook *Códice de Barras*

*Unos cuerpos son como flores,
otros como puñales,
otros como cintas de agua.*

L. Cernuda

*Los niños del futuro
al leer esta infame historia
sabrán que en el pasado
el amor, el dulce amor, era pecado.*

William Blake

*A Filomena y Aurelia Solares Céspedes.
Las mujeres que acunaron a todos mis fantasmas.*

*Si un hombre puede cruzar el vacío
entre la vida y la muerte, quiero decir, que
si puede seguir viviendo aún después de
muerto, entonces es posible que fuera un
gran hombre.*

James Byron Dean

I

Porque te quiero aún
James Dean,
y has decidido irte sin consultarme nada
deja que este conjuro
formulado debajo de tu póster
como oración te traiga hasta mis manos.
¿Por qué lo hiciste, James? por qué lo hiciste
si sabías que yo estaba esperándote
en el arcén de aquella carretera.

Desde mi infancia oscura
creo soñar que siempre has existido
entre el blanco profundo de mis sábanas.
De allí viene el recuerdo.
Viaja desde tu estúpida locura
a través de los años
para instalar en mí
un vacío que absurdas mariposas
apareándose dentro de mi estómago
no hacen más que cebar.
Y contra él se estrellan

tu suicidio y el mío.
Todo por ignorarme
y porque ya no puedes ni ignorarme.

Y es que te quiero aún,
James Dean.
Proclamo este delirio y el verso se acobarda.
James,
ojalá que tu nombre fuese un conjuro mágico
y habitáramos ambos los confines
de los libros de historia, de los cromos
de guerreros que yacen polvorientos
al fondo de los álbumes y esperan
esa voz que les diga
levántate y anda.

Oh, si James,
al decirlo,
fuese una invocación
y al igual que en los cuentos
aparecieses del interior de algo
y pudiese pedirte este deseo:
que me dejes amarte sobre todas las cosas
aunque tú no te ames ni a ti mismo.

Pero...
si no existiesen...

Si no estuvieras ni en mi álbum de fotos
ni escondido detrás de la pantalla
¿qué pasaría con todo?

Sí, con todo, ya sabes,
con el olor a plancha y con las tardes
de Guillermo Sautier, con los deberes,
con mi cama entreabierta para tu cuerpo estéril,
con todos los proyectos que yo urdí para ambos.

¿Qué haría yo con tu nombre?

J
a
m
e
s

Beso a beso hilvanaré sus letras
y saltaré al abismo para encontrar tu infancia.

BOULEVARD OF BROKEN DREAMS

Viernes, 30 de septiembre de 1955

*La muerte es la única cosa que respeto.
Es la única verdad inevitable, innegable.
En ella reside la única nobleza para el hombre.*
James Dean

Debía de ser otoño
y ya en muchos deseos
aposentaba el cieno de las tazas de té.
En las trenzas cortadas de las niñas
pájaros se embebían
en el olor ritual de su lavanda.
En retretes y parques los hombres se despojan
del falso y cuarteado maquillaje.
El océano azul del alveolo
contra la droga blanda se desgarrar.
La esperanza destroza en la cuneta
sus gastados neumáticos
y negras rodaduras
señalan el asfalto con la sangre
de un sueño atropellado.

Debía de ser otoño
porque el inmenso piano de Teresa
desgarraba a Chopin sus notas árticas,
y de pronto un silencio,
un garabato escrito entre corcheas,
la obligó a detenerse y nos lo dijo:
Hoy es viernes. Y treinta de septiembre.
Un chispazo de rabia y un dolor primigenio
que arrastraba cogidos por el pelo
los imberbes cadáveres de nuestras fantasías,
resucitó por fin a los espantapájaros.
Hasta entonces no conseguí saber
por qué morían los muertos
de nostalgia.

Debía de ser otoño
y el olor a lavanda del cabello trenzado
exhumaba los cuerpos de los barcos hundidos
por el pirata Drake.

Esta noche en el Parque del Retiro
habrá niños suicidas
que ensayen, como tú, dónde estrellarse
porque también a ellos hoy les niegas
la sombra de tu cuerpo.

¿Dónde se ocultarán desde esta noche
para darse los besos que tenían
desde hace tanto tiempo hipotecados?

Walt Whitman, desde el fondo del estanque,
se reirá, infeliz, de los maricas.
Lorca se seguirá descomponiendo
tras de sus personajes femeninos,
y el resto, con un puño ante la boca,
taparán su decencia insatisfecha.
Debía de ser otoño
el treinta de septiembre cuando tú nos dejaste.
Cuando niños suicidas comenzaron a irse
y, arrojándose al agua,
las barbas de Neptuno ir habitando.

III

*Para saber de amor, para aprenderlo,
haber estado solo es necesario.
Y es necesario en cuatrocientas noches
con cuatrocientos cuerpos diferentes
haber hecho el amor.
J. Gil de Biedma*

Recuerdo a James Dean
porque un adolescente en una calle
repetía incansable que era niña,
que era amante, ramera,
y que coleccionaba besos nuevos.

¿Qué sabe, niño mío, tu amor condescendiente
del urgente deseo que en los retretes arde,
del escondido enjambre del insomnio,
de la masturbación de un ansia inaplacable?
Como cisnes sonámbulos del miedo
los versos fantasmales
recitados por James se decapitan
y el niño continúa
haciendo sus apuestas
para acabar perdiendo la cordura.

Enrojece sus labios,
sus mejillas,
acibara las cuencas de sus ojos.
Él mismo es su metáfora,
premonitorio estado
de lo que ha de llegar aunque él lo ignore,
pues niños más hermosos
hace tiempo que juegan con barajas marcadas.
Se aman porque odian
el sepulcro de los desasosiegos
o esperan encontrar a James Dean
ultrajando despojos en un parque cualquiera
o en el reflejo de algún escaparate.

El amor te enmohece.
Revientas las miradas de otros adolescentes
y el cristalino limpio de tus ojos
se hace añicos de luz contra la acera.
No sabes que la noche,
alzada en sus tacones
de altísimo travesti,
considera imprudente
violarse en los espejos.

El frío se acurruca
en andenes de metro
donde una niña,
 o casi,
 se desnuda
para volar su miedo de cometa.

IV

Inmutable y sosegado amor,
quise hacerte corpóreo
y coser cascabeles a tu cuerpo menudo
para que al transitar por mi memoria
nunca pudieses ser imprevisible.

Yo,
que era la trastienda de tus ojos,
repintaba los cielos
del cuadro en que vivías
para hacer menos grises
las sombras de mis párpados.

Amor no traspasado ni en los sueños más
sórdidos,
ni entre las vías muertas de los ferrocarriles,
ni en los acres retretes
donde aturde el redoble de las palpitaciones.
Tan virgen, tan estéril,
amor,
después de haber estado

tan al borde del miedo,
de la marea que arrastra
al epicentro mismo de la noche.
Y todo porque quise creerte de otra forma.
Porque conocía sólo aquella quietud tuya
que, frente a la pantalla,
detenía el tictac de los relojes.
Y tú, yo no sabía,
te entregabas a cuerpos prohibidos
en los parques nocturnos
donde cumplen los sueños su destierro.
Pero si tú pudieras...
tal vez... no sé... en agosto,
adentrarte en el blanco
paisaje de mis lienzos
para que te pintase
al sol,
amor pacífico,
al sol,
inmutable, corpóreo, previsible.

V

Cae.

Tenazmente me hostiga

tu sólido recuerdo.

Granizo que ametralla los cristales.

Indisoluble.

Frío.

Dura piedra.

Cae,

blandamente

me hundo en tu recuerdo

porque sigue nevando mientras grabas

las huellas de tu paso en mi memoria.

Al derretirse todo,

al fundirse de nuevo en lo que era,

su pastosa costumbre,

el cenagal de siempre,

me engulle en su silencio mortecino.

Mi dolor es insecto

conservado en el ámbar del pasado,

alquitrán que recubre las plumas de las aves.

Se estanca.

Se incendia.

Tu recuerdo

es humo que me asfixia poco a poco
al obstruir las branquias de un deseo
que nunca he conseguido reanimar
ni en los cuerpos anfibios de la noche
ni en los sueños volátiles del día.

VI

"Dean sufría una fascinación extraña, casi enfermiza por la muerte. Cuando tenía nueve años vio cómo se llevó a su madre, amiga íntima y compañera de juegos. Los dos habían construido un mundo ficticio, cerrado, cómplice."

J. M. Roldán.

Mi infancia fuiste tú
y las latas de aceite y los calderos
llenándose bajo los eucaliptos
en un mar de tritones y anfibias salamandras.
Mi infancia fuiste tú, mientras los árboles
aullaban de dolor rozándose los vientres
cuando el viento en la noche los hería
y, afuera, la espadaña
rasgaba con su filo mis cristales.
Mi infancia fuiste tú. Tú mi septiembre,
tú mi fruta, mi almíbar, mi vereda,
tú musical cigarra, beso, espiga,
diversa luz, aljibe, tibio arenal y jungla
en la que me extraviaba.
Mi memoria eres tú:
las sábanas al verde de la tarde,

blanco espejo de un sol que, sin remedio,
prendido al horizonte se caía.

Y eras tú, columpiándote, una estela
de Mirurgia y pamelas en el manzano.

Una selva de olores tallada en los perfiles
de una niñez de azúcar que escurría
navíos de papel por las cunetas.

Un triángulo de calas y alhelíes
que en las noches de junio
con su brutal perfume entre mis sábanas
apacaba el estruendo del deseo.

Tú eras toda mi infancia y el talco de las rosas
y el sonido del agua y la roldana
y las fresas y el huerto y los jilgueros
la tarde el mar la siesta
la voz de la portilla cada vez que giraba.

Tú tan joven, tan madre, tan dispuesta
a serenar relámpagos para que yo durmiese,
a ser la zarzamora de un paladar hambriento,
el melocotón tibio donde apoyar los labios
cuando venía el otoño, posándose en la higuera
para hacerla desnuda, inhabitable.

Si algún embrujo hubiese
que devolviera hoy aquellos días...
O tal vez la memoria es el mejor consuelo,
la pócima más sabia, el irrompible hechizo
sin el que nadie accede ni se arrima a nosotros.
Pues sólo lo vivido es compartible,
y en eso vamos juntos
y no existe distancia
ni extravío.

DEVLIN A SU HERMANO MENOR CUANDO
COMPARTÍAN LA MISMA CAMA.

El amor es una llama con apetito de arder más.

San Juan de la Cruz

Tu cuerpo tan menudo
tendido ante mis manos, en la sábana,
he de decirlo ya, me desespera.

Noche a noche tu inocente caricia
al reposar tus muslos en los míos,
tu pecho adolescente entre mis brazos,
tus apretadas nalgas en mi vientre,
en la almohada, tan próximos, tus labios
y el olor de Moussel entre tu pelo.

El sueño de la noche
se hace sueño que vela.
Adoro introducirme
contigo entre las sábanas
y luego,
cuando ya estés dormido,

despacio, destaparte
y contemplar tu cuerpo.
Nunca existió más cauta seducción.
No hay desnudez más limpia
ni que me ensucie más
ni que me abraze menos con sus llamas
que ni puedo atizar
ni convertirlas en ceniza fría.
Verte es todo mi éxtasis, tan imposible amor.
No hay de tu piel un pliegue
que, a tientas, no conozca,
ni un solo poro donde no haya visto
ir brotando tu vello.

Son tantos mis insomnios y mis caricias tantas
si, abandonado el cuerpo, reposas en mis brazos
y me apoyo en tu espalda y te rodeo
y entretejo en mis manos el calor de tu piel.
Te adoro, sí, te adoro
mi inviolable secreto.
A nadie más que a mí le perteneces
ni nadie te amará mudo y absorto,
aunque nunca lo sepas,
como se adora a un dios ante su altar.
Únicamente vivo para esperar la noche,

vivo para el momento de rozarte,
por desnudarnos juntos sin mirarte
sabiendo que más tarde
habrás de ser en mí lo más hermoso.
Únicamente en mí lo más hermoso.



JIM MORRISON, 3 DE JULIO DE 1971.
JIMI HENDRIX, 18 DE SEPTIEMBRE DE 1971.
JANIS JOPLIN, 3 DE OCTUBRE DE 1971.

“Taking walk on the wild side”.

Lou Reed.

Hay canciones que son como un galope.
Dibujan trastornados jeroglíficos
sobre un hilo de aire que abandona
la amable hospedería del encaje.
Canciones que son cactus
columpiándose
en los rojos dsiertos del Perú.
Canciones como esponjas traídas por Salgari
que acarician la piel adolescente.
Canciones que son felpas para recién nacidos
en los labios de anea de Diana Ross
y que casi no hablan, sólo besan.
Canciones que se posan en las zarzas de octubre
y son único pasto para ancianos gorrones
que han perdido su vuelo.
Canciones que se abren y son frutos de higuera,

canciones que, incrustándose
en la cansada urdimbre del algodón usado,
nos entibian las camas cuando no somos niños.

Sé que hay otras canciones
que son como tijeras
que empuñan los caballos desvalidos.
Estas son las canciones
que inyectan poco a poco el desaliento
y prefieren sonar en la mañana.
Y son losas, cuchillos, hojas finas
para venas que ansían el descanso.
Son vómitos de hielo sobre el agua.
En su mejor momento, son suicidios
que entregan su relevo
mientras se van callando.

PARA ALEJANDRO EL MAGNO, MI AMANTE,
HASTA QUE ME ENTERÉ DE LA VERDAD.

Es el calor la soledad eterna.
Embalsama sonidos, amortaja colores,
derrama en la memoria
sabores que enaltecen nuestra infancia.
Generalmente besos.
Siempre besos.
Ardores que creímos
sofocar en un tiempo de milagros.

Pero, ahora me doy cuenta,
nunca entendí la magia de los libros.
Nunca comprendí cómo
mi soledad de enfermo
me arrimó tus fantasmas a los ojos.
Galopábamos juntos
dejando la niñez tras los caballos.
Bucéfalo era el tuyo.
El mío un alazán de cartón piedra.

Mandaba tus ejércitos, conquistaba ciudades

para ampliar tu imperio, que era el mío,
y después, completamente exhaustos,
tendidos en la hierba yo te amaba.

Con total parsimonia
retiraba corazas y brocados,
desunía correas, desataba los yelmos
y apartaba la túnica
para admirarte tal como soñaba.

Era tu desnudez como una miel espesa
de la que no podía despegarme.

Después, sin saber cómo,
me encontraba enzarzado entre tu sexo.
Entonces ya eras hombre.

Ya no sueño, ni mito,
no general, no historia. Sólo hombre

y al compararse
todo fuego

que se arrimase se volvía frío.

El sudor se apretaba, se fundía,
se convertía en enagua
que había que desgarrar continuamente
para llegar a ti, para adentrarse,

de que fuimos amantes tantas noches
con mi libro de historia en la mesita.
Ahora que llega el sol,
el calor, mi soledad tozuda,
dos mil años de amor se me sublevan
al pronunciar su nombre:
Bagoas.
Ya lo sabes.
Qué engaño tan infame me procuró la historia.
Qué celos tengo, amor. Qué celos tuve.



Alexandre-Denis de Pujol; *Sisyphus roulant éternellement son rocher*.
1819. Museo del Louvre.

ANÍBAL DE CARTAGO Y EL VENENO DE BITINIA

Qué sangrantes estrías de revenido insomnio
esconde el mar agazapado siempre
tras su ruidosa estela de naufragios.
Pero a veces el mar se deshilvana
en olorosas hebras
y echas tu ancla al fondo de mi oído
desde el misterio de una caracola.

Vuelves desde Cartago con tus barcos,
sus proas diseccionan las olas de los sueños
que son el domicilio de niños sediciosos.
Me traes la prehistoria
del deseo de todos los ahogados,
me traes la cobardía
de mi propio deseo,
de los cuerpos desnudos
saliendo de tus gestas cada noche
para encallar al borde de mis sábanas.
Cuerpos nunca apresados,
anguilas que se escurren en mis dedos

cada vez que los meto entre las páginas.
Y sin embargo, mira,
aquí estoy otra vez dentro de un libro
en busca de un fantasma que me ame.
Roberto Alcázar, Pedrín, Capitán Trueno,
tú, Aníbal mío, mástil
donde se ataban los insomnes.
Dame la mano ahora porque temo
que me arrastre esta noche la resaca
del deseo, porque escucho su canto,
ese batir que tienen las sirenas
sobre el agua estancada de las calles.
Escucho sus lamentos de animal travestido
que me incita a arrojarme sobre su mar airado.
Átame con tus sogas, no me dejes
probar la tentación
pues se alborota el vuelo de los alcaravanes,
hunden su cuello al fondo de un retrete
y engullen su alimento de rodillas.

Aníbal, te amé tanto...
Pero esa luz ya ha consumido toda
la esencia para arder que en mí tenía
quemándose a sí misma y a su obra,

Aníbal, quién pudiera
retener los andares de ese lento
y ojeroso futuro irrefrenable.
La infancia se ilumina
cuando pasa de largo.
Fabrica sus recuerdos cuando arroja
sus muertos boca arriba en el tapete.
Cuando deja su olor irrespirable
detrás de cada sueño no enterrado.
Mientras tanto sólo es persecución
para abrazar su próximo destello.
Abrazo que aprendí en la luz primera
y repetía en todos los segundos
de todos los minutos de los días.
Abrazo hasta el final. Aquí se afloja.

Aníbal, ya no hay tiempo.
Dame la mano ahora,
rezagado, impreciso, aunque mañana
te arrastre el remolino poderoso
de un barco que se hunde en el pasado.
Dame el veneno que apuró tu marcha,
que me lleve hacia atrás la caracola
mientras clava en mi oído sus anzuelos.

Suicídame contigo.

Echemos anclas
en los aguamarinos versos de Alfonsina.

EPÍLOGO

Tuve en días antiguos
la conciencia de donde provenía.
Podía seguir las cuerdas que me ataban
a esos seres lejanos y obedientes
que en mi mundo perfecto
aceptaban sin miedo ser amados.
Me alegraba pensando que algo mío
había en cada uno de sus actos
y que los ecos de sus voces muertas
hallaban resonancia en mis vocales.

Fui educado por ellos, acuñado,
pasé como moneda por sus dedos.
Dedos a quienes yo volví a la vida
y que le dieron forma a lo que soy.
Conocía sus nombres, sus hazañas, sus fotos.
Sólo eran luz difusa
en trance de apagarse,
eran la estela de unos viejos barcos
en el confuso espacio de una infancia
que tiene que morir

para ser náufrago.
Y murieron. Murieron muchas veces,
pero les di mi vida.

Qué fácil ser Jonás
en aquel tiempo donde
todos éramos hijos
del vientre de algún pez
y, aun tras el peor de los desastres,
éramos vomitados al borde de una playa
para poder, igual que los recuerdos,
seguir sobreviviendo a los naufragios.

Tuve en días antiguos
esa amable conciencia.
Pero ya no la tengo.

Esos ecos de antiguos personajes
que latieron al son de los tambores
de la tribu que yo mismo engendré,
esos fantasmas cómplices
que escondieron debajo de sus sábanas
mis sueños infantiles, innombrables,
ya no existen.

Todo está consumado,
a excepción del silencio.

Ahora estreno fronteras
que limitan el radio de mis días.
Líneas sin luz, sin ser ni entendimiento
y sin poder de indulto ni condena.
Pero existen
y son en su desprecio más constantes.
No hacen caso a ninguna de mis quejas.
Aunque yo sigo viendo
en ese territorio que me acotan
menos llama que cera derretida
bajo el pábilo.

Soy el último vómito del pez
que me arrojó a esta playa
y no sé hacia qué punto caminar.
Sobre esta arena húmeda, uniforme,
que se extiende ante mí
no veo rastro alguno de aquel tiempo
ni huellas que me indiquen un destino.

Esos seres lejanos y obedientes

solamente han dejado entre mis manos
el cabo de la soga que me dieron
para atarme a su vida de fantasmas.

En esta arena nueva
ando buscando un árbol
para poder colgar los viejos nudos
que atiranten la soga tras las vértebras
que unen mi pasado
con mi desasimiento.

Si algo aprendí de aquellos viejos días
es que se ha de morir
para ser náufrago.



Alejandro Céspedes en 1984

NOTAS:

James Dean, amor que me prohíbes fue un libro que dio muchísimas vueltas, como si no quisiera ser publicado. Desde que se terminó definitivamente en 1983, después de muchísimas correcciones y tiempo de espera, fue ganando unos cuantos concursos sin que llegase a salir en forma de libro. La primera vez que apareció en papel -casi completo- fue en 1984 en una revista de Gijón. Cuando por fin se publicó definitivamente coincidió, con pocos días de diferencia, con la aparición de otro libro anterior, *La noche y sus consejos*, que se retrasó casi dos años en la imprenta.

En diciembre de 1986 llegaron ambos a mis manos. Un montón de ejemplares de *La noche y sus consejos*, lo recuerdo perfectamente, vino dentro de una caja de cartón con una carta de Luis García Montero en la que, entre otras cosas, me decía: “He pasado hoy por la editorial Genil y encontré tu libro. Creo que te gustará tenerlo”.

Siete años. Dos libros el mismo mes..., después de esperar tanto.

Cuando *James Dean..., amor que me prohíbes* apareció publicado por PAMIELA, fue para mí un acontecimiento. En aquellos momentos era una de las editoriales más prometedoras y nacía con un enorme empuje de su director Txema Aranaz. Tuve la suerte de

estar codo con codo -y casi simultáneamente- en su catálogo con Bernardo Atxaga, Jesús Ferrero (*Negro sol y Río amarillo*), Víctor Botas (*Historia antigua*), Jon Juaristi (*Diario del poeta recién cansado*), Carlos Pujol, Miguel Sánchez Ostiz (*De un paseante solitario*) y, más aún, de que Txema nos reuniese en una mesa del Café Iruña.

Fueron años gloriosos aquellos de los ochenta. Y aquel *James Dean...* que tanto se resistió en un principio me abrió el camino que he transitado hasta hoy. Él me puso aquí, por él conocí y abracé a Ángel González, bebí con él, cené con él (con Ángel, no con el libro), por él conocí a Luis García Montero, a Luis Antonio de Villena, a Francisco Brines..., y a todos los que en aquel momento aún creíamos -no sé si los demás siguen creyendo- que la poesía y la vida eran dos rectas paralelas superpuestas entre las que se nos metían los pies continuamente.

James Dean... me hizo empezar aquel camino en el que aún sigo. No estoy tan orgulloso como podría deducirse. Tengo una incontenible tendencia a avergonzarme de mis libros al poco de ser escritos. De todos.

Entre el primero y el último, toda esta vida que no sé dónde está ni adónde lleva. Si acaso en esos libros que, todos juntos, no creo que sumen ni mil doscientas páginas. Habrá a quien le parezcan excesivas. A mí también. Pero cuando hago la cuenta de otro modo me

salen unas veinticinco páginas por año. Seguirá habiendo alguien a quien le parezcan excesivas. En esto yo no puedo estar de acuerdo.

COMPAÑEROS DE VIAJE



Negro sol

1,15 €

Poesía
Idioma Español
Año 1987
52 páginas [Ver detalles del producto](#)

Ca

Añadir



Mundinovi

1,75 €

Ilargia
Idioma Español
Año 1987
182 páginas [Ver detalles del producto](#)

Ca

Añadir



Un homenaje y siete nocturnos

1,00 €

Poesía
Idioma Español
Año 1987
45 páginas [Ver detalles del producto](#)

Agotado!



Historia antigua

1,30 €

Poesía
Idioma Español
Año 1987
66 páginas [Ver detalles del producto](#)

Ca

Añadir



James Dean... Amor que me prohíbes

1,30 €

Poesía
Idioma Español
Año 1986
86 páginas [Ver detalles del producto](#)

Agotado!



Nombre escrito en el agua

1,30 €

Poesía
Idioma Español
Año 1986
150 páginas [Ver detalles del producto](#)

Agotado!



La inmovilidad del perseguido

1,10 €

Poesía
Idioma Español
Año 1986
118 páginas [Ver detalles del producto](#)



Un libro de las repeticiones

0,70 €

Poesía
Idioma Español
Año 1986
70 páginas [Ver detalles del producto](#)

Editorial Pamiela argitaletxea
www.pamiela.com

ÍNDICE

Página

I	23
Boulevard of Broken Dreams	26
III	29
IV	32
V	34
VI	36
Devlin a su hermano menor	39
Jim Morrison	42
Para Alejandro el Magno	44
Aníbal de Cartago	49
Epílogo	54
Índice	63
Notas	69
Compañeros de viaje	



*La literatura es una flor imperecedera.
Y una flor imperecedera, por supuesto,
es una flor artificial.*

Yukio Mishima



Códice de Barras poesía